



ALOJA
MARÍA JUÁREZ

EXITBooks

© del texto, María Juárez Naranjo 2016

© edición y diseño de portada: EXITBooks 2016

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro en ningún formato o cualquier medio, sin el consentimiento previo y por escrito a EXITBooks. (info@agenciaexit.com) (www.agenciaexit.com)

ALOJA

ALOJA
María Juárez

*«A menudo el Sepulcro encierra, sin saberlo,
dos corazones en un mismo ataúd».*
ALPHONSE LAMARTINE.

CLOTO

DUÉRMETE NIÑA

La primera vez que Alba tarareó aquella canción tenía tres años, la última fue esa noche, frente a un cadáver.

Acababa de llegar a la ciudad y no podía imaginar lo que el destino le tenía preparado. La larga escalera que daba acceso al ¹*Parque laberinto de Horta*, uno de los más conocidos de la ciudad, permanecía bajo las sombras de la noche. La luz plateada de la luna iluminaba a modo de foco la escena: Alba, de puntillas sobre el último escalón, se balanceaba mientras cantaba:

—Duérmete niña, duérmete ya, que vendrá Laaa....

Era una noche sin estrellas y soplaban un viento frío que le pegaba el pijama a las piernas como si fuera de papel. Sus pies descalzos estaban situados a escasos centímetros del cuerpo, con los dedos agarrotados para no rozarlo. Su tía Catalina, que amortajaba a los difuntos de Toledo desde siempre, le hizo de niña una advertencia que no olvidaría:

«El beso de un muerto es tan frío como eterno. Si los tocas, ya no se irán, se quedarán contigo siempre».

Abajo, las luces rotativas, el sonido estridente de la sirena y las pisadas aceleradas de varios policías subiendo la escalera, amenazaron la intimidad que la muerte había im-

puesto, en el encuentro fortuito, solo en apariencia, entre aquella joven y Alba.

Varios agentes subían los peldaños de dos en dos mientras de sus linternas, escapaban ráfagas de luz blanca sin ninguna dirección concreta.

Poco antes, varios testigos habían dado aviso a la policía —que entonces se personaba en la zona—, de que una joven, desorientada, vagaba por las calles de madrugada.

La creencia popular de que despertar a un sonámbulo le podía causar la muerte, había llevado a varias de las personas que se habían cruzado con Alba a dar aviso a los servicios de emergencia, pero sin perturbar sus sueños.

El subinspector Vidal, el menos atlético del grupo, subía las escaleras a zancadas para no quedar en evidencia ante sus jóvenes compañeros. Apareció unos minutos más tarde que ellos; exhausto, con la chaqueta en la mano y la camisa por la espalda empapada a pesar del frío que aquella noche azotaba la ciudad.

Al llegar, nada podía presagiar lo que encontraron. Paralizados, un peldaño por debajo de Alba y a escasos centímetros del cadáver, observaron el escenario, mientras se dedicaban rápidas miradas.

Un cuerpo de una chica de unos dieciséis años, reposaba sobre el suelo, recostado de lado, con las manos unidas bajo la mejilla derecha, en posición fetal, completamente desnuda.

Vidal pasándose la mano por el pelo grasiento y ralo, repetidas veces, se situó a la altura de Alba. El silencio de la noche era rotundo y sobre él solo se escuchaba el motor encendido de un coche y un rumor que elevaba una nana.

—¿Se encuentra usted bien?

—Duérmete niña, duérmete ya...—continuaba cantando Alba.

En otra ocasión, Vidal, hubiese evitado cualquier contacto físico con ella, pero esta vez, se saltó el protocolo, la

agarró de los hombros por temor a que en cualquier momento cayera de espaldas y se despeñara por la escalera.

La bajó al siguiente peldaño con dificultad, pues la chica no respondía prácticamente a ningún movimiento voluntario, pero se dejaba llevar.

—Está fuera de sí—comentó con un compañero.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí, va en pijama?

—Fernández, está hablando con el taxista que la trajo.

—Chica, ¿me puedes oír? —la tuteó Vidal mientras la zarandeaba para sacarla de aquel estado de trance.

Alba, al fin, pareció responder y lo miró fijamente, deteniéndose en la fina tela blanquecina que cubría el ojo izquierdo del subinspector. No dejaba de temblar mientras Vidal la contemplaba. Era guapa. El brillo acaramelado de sus ojos, reverberaban sobre su rostro enmarcado por una espesa melena de rizos caoba. Uno de ellos había quedado atrapado entre sus labios carnosos y rojos como una gelatina de cereza. Vidal quiso liberarlo, pero Alba se retiró en cuanto advirtió sus intenciones.

—Subinspector, mire —intervino uno de los agentes que apuntaba con la linterna el cadáver. Se agachó y le apartó la melena. El charco de luz iluminó el rostro de la joven. Con el rictus sereno tenía los ojos cosidos en forma de cruz con lo que bien podía ser hilo grueso o lana negra.

Alba contuvo la respiración, se persignó por instinto y rezó hasta desmayarse sobre los brazos de un agente.

Su rápida intervención, evitó que cayera al suelo.

—Demasiados horrores para una chica tan joven en una noche —apuntó el subinspector—. Llaman a una ambulancia—. Ordenó.

Al poco, Alba era trasladada al hospital de ²Vall d'hebron, situado a escasos metros del lugar.

El subinspector Vidal abandonó la escena y se dirigió al taxista que aguardaba todavía con las luces y el motor de su coche encendido mientras un agente le tomaba declaración.

El hombre, relataba que había acompañado a la joven hasta el lugar y explicaba con todo detalle que la había recogido en la calle, desorientada, pero con un conocimiento claro de hacía donde quería dirigirse: al *Parque Laberinto*. Durante el trayecto—aseguraba—, decía cosas sin sentido, y él pensó en un principio que estaba borracha o drogada, pero pronto supo que no era eso.

«Había algo extraño en ella», repetía. Por eso decidió llamar a la policía.

Cuando el inspector jefe llegó al lugar acompañado de la jueza, la zona estaba acordonada. Le habían informado del macabro hallazgo, aunque lo peor estaba aún por llegar.

La joven estaba acostada sobre un lecho de hojas y empezaba a mostrar signos de *rigor mortis*.

—Acacia y ciprés—aseguró el agente especialista en botánica forense.

Junto al cuerpo, bien doblada, estaba toda su ropa: Una falda vaquera, una camisa blanca y un fular sobre el que descansaban el sujetador, las braguitas y unas medias hechas un ovillo. No había signos de violencia aparentes ni sangre, sólo algún resto, ya seco, sobre párpados y ojeras.

—Por dios, ¿qué ha pasado aquí? —Murmuró mientras se rascaba la cabeza rapada —. ¿Y la testigo?

—La ambulancia se la ha llevado al hospital—contestó Vidal.

—¿Qué relación tiene con... todo esto?

—No hemos conseguido hablar con ella. Está un poco turuleta. No paraba de cantar y rezar, me ha sacado de mis casillas.

—Sacarle a usted de quicio no es muy difícil.

Vidal protestó en un murmullo indescifrable y Oliver, ignorándolo, continuó:

—¿Qué cantaba?

—Una canción de cuna.

—Joder Vidal, ¿podría ser más específico?

—Coño, ¿qué quieres que la cante? Pues la de toda la vida. Duérmete niño, duérmete ya —tararé.

Con un gesto de no entender nada el inspector Albiol se dirigió al doctor del Valle que acababa de examinar el cadáver.

—¿Hora aproximada de la muerte? —preguntó.

—Una, dos horas a lo sumo, pero se lo confirmaré tras la autopsia.

Oliver ojeó su reloj de muñeca, las manecillas marcaban las dos y diez.

—Jefe, la chica se llama Ana García, lleva una cadena con una placa de identificación médica colgada del cuello. Era diabética. Pone su nombre—. Intervino uno de los agentes que recogían pruebas.

—¿Han denunciado su desaparición?

—No nos consta.

—Compruébenlo.

El agente asintió.

—¿Se la pueden llevar ya? Su señoría ha terminado con el levantamiento—. Intervino Ribas.

El inspector asintió con repetidos y autómatas gestos de cabeza.

—¿Y nosotros? —preguntó Vidal.

—Nos vamos al hospital—resolvió.

El trayecto se produjo en silencio absoluto. En cualquier otra circunstancia el subinspector Vidal se habría arriesgado a proporcionar una hipótesis de lo sucedido, pero esta vez el asunto requería cierta prudencia.

1. PARASOMNIA

Al llegar vieron a Alba, con su madre al lado, adormilada en una camilla en la sala de urgencias. La doctora que había atendido su ingreso se interesaba por el historial clínico de la paciente cuando entraron.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —preguntó la doctora.

El inspector Albiol creyó escuchar a Nieves decir algo relacionado con los terrores nocturnos que padecía su hija, acabó de anotar eso en su libreta, y levantó la mirada para mostrar su credencial.

—Necesitamos hablar con la chica.

—Ahora, imposible. Necesita descansar. Llegó muy alterada y la hemos tenido que sedar.

Vidal chasqueó la lengua.

—Nos hacemos cargo —respondió Albiol.

Acto seguido se interesó por la mujer que escuchaba la conversación junto a la doctora.

—¿Es usted la madre de la chica?

—Así es.

—¿Podemos hablar?

—Tendrá que ser fuera—intervino la doctora.

Una vez en el pasillo y tras las presentaciones oficiales, mientras Vidal observaba sus reacciones, Oliver preguntó consultando sus anotaciones:

—¿Conoce a una chica de la edad de su hija que se llama Ana García Bonet? Es morena, de estatura media, delgada y diabética.

—Sí. Tengo una alumna en el colegio que dirijo que responde a ese nombre y características ¿Por qué?

Un denso silencio recorrió el largo pasillo de urgencias, a esas horas vació.

Vidal intentó fijar su ojo bueno en el inspector que fingió normalidad mientras buscaba las palabras adecuadas. Nieves se adelantó.

—¿Le ha ocurrido algo?

—Verá...

—Está muerta—intervino Vidal.

Albiol le miró con rabia.

Nieves tuvo que sentarse en una de las sillas de plástico ancladas a la pared. Se persignó e inició en voz baja una plegaria con ardorosa fe, ocultando su rostro entre las manos.

—No puede negar que es la madre de la chica —susurró Vidal mordaz.

Albiol que lo había escuchado, lo amonestó:

—Ya está bien ¿no?

El Subinspector Vidal subió los brazos y le mostró las manos.

—No disparé —dijo irónico.

Era un ateo recalcitrante. Los curas del colegio del *opus dei* donde había estudiado tenían la culpa.

Sentado junto a Nieves, el inspector tomó de nuevo la palabra:

—Entonces las chicas se conocían.

—Lo cierto es que no—aseguró Nieves ante el asombro de los policías—. Mi hija acaba de llegar esta misma maña-

na de Toledo, todavía no ha ido a clase. No le ha dado tiempo.

—Con el curso empezado...

—Su padre y yo no hace mucho que nos hemos separado y, para ella no ha sido fácil, se quedó a vivir con mi ex marido, pero por motivos personales, finalmente hemos decidido que se venga conmigo. Por eso inicia el curso más tarde—se excusó ante el evidente desconcierto de los agentes —.Alba y Ana no se conocen, se lo aseguro —. Pero les ruego que no le digan nada a mi hija hasta que la doctora lo autorice. Yo me pongo a su disposición para cuanto precisen.

—Resulta complicado creerla.

—Le estoy diciendo la verdad, si no me cree es cosa suya—dijo levantándose.

—Le pido disculpas, ruego que se sienta por favor y me diga ¿qué explicación le daría usted al hecho de que su hija se encontrara allí? Coincidirá conmigo que es extraño.

—No lo sé, de verdad no me lo explico.

—¿Ha observado o algún profesor le ha comentado algún comportamiento extraño en Ana García estos últimos días?

Su respuesta fue vaga:

—No sabría decirle... pero creo que no.

—¿Estas semanas pasadas ha asistido a clase regularmente, se ha relacionado con sus compañeros como siempre?

—Sí, lo cierto es que ningún profesor me ha referido nada extraño en ella.

—Al entrar he escuchado algo de que su hija sufre terrores nocturnos.

— Desde muy pequeña, tiene episodios de ⁴parasomnias —. Albiol apuntó el término en su libreta —, pero sonambulismo es la primera vez. El especialista que la trata nos advirtió de que esto podía ocurrir. El aumento de estrés causado por el divorcio y el cambio de domicilio puede ha-

ber agravado su conducta del sueño. Hasta ahora solo había experimentado terrores nocturnos.

Los agentes y Nieves continuaban charlando fuera, mientras en la sala contigua, Alba abría los ojos plenamente consciente, por primera vez, aquella noche. Necesitó unos segundos para reconocer el espacio. El intenso olor aséptico, la ayudó. No estaba en su nueva habitación. Hacía frío. Tenía puesto un suero que le atontaba. Miraba a su alrededor, haciendo grandes esfuerzos por fijar la vista en algún punto cuando escuchó el sonido del pulsímetro monitorizando la vida de un enfermo tras una de las cortinas mal cerradas, y la imagen de la chica muerta volvió. Pero estaba confusa y la medicación que le estaban suministrando no le ayudaba a poner en orden sus recuerdos.

Agudizando el oído escuchó la voz rugosa de su madre colarse desde el otro lado de la pared. Hablaba con alguien de lo sucedido esa noche. Decían algo sobre una chica llamada Ana.

La puerta de la habitación se abrió y una enfermera le cambió el bote de suero, leyó: [5 diazepam](#) y en un corto espacio de tiempo todo pareció diluirse de nuevo. Alba volvió a dormirse...

...A medida que se adentraba en el laberinto de sus sueños, el cielo se convertía en un recuerdo imposible. Olía a tierra mojada y a musgo fresco. Alba recorría un estrecho camino sobre una alfombra de hojas secas que crujían bajos sus pies desnudos. Al final de la vereda, la niebla, cubría una cascada de agua limpia y esponjosa que atronaba en su caída libre desde la cumbre de un montículo rocoso. La cortina de agua dejaba entrever la figura luminosa de una mujer. Sujetaba un peine dorado que deslizaba entre sus finos cabellos.

Alba se mojó los pies al llegar a la rivera del estanque. La escuchó cantar, hasta que de pronto el agua se oscureció. El viento, enfurecido, le alzó las ropas y le enmarañó la

melena. Al fondo apareció la imagen de aquella chica muerta. Caminaba hacia ella. Acunaba entre sus brazos vacíos un bebé imaginario mientras entonaba una canción que sabía.

*Duérmete niño. Duérmete ya,
o vendrá... y te comerá.*

La joven, simulaba darle el pecho a un niño invisible. Cuando sin esperarlo, clavó los ojos cegados por dos cruces negras en Alba.

—Ahoraaaa, aloraaaa —imploraba Ana.

Alba intentaba hablar, pero no podía. Tampoco conseguí entenderla.

—Ahoraaaa. Aloraaaa. Ahojaaaa...

El ruido de Nieves, al tropezar con la camilla, la arrojó de nuevo a un lugar fronterizo entre la realidad y la fantasía onírica. Iba acompañada de dos hombres, reconoció a Vidal. Angustiada, no lograba despertarse del todo y la presencia de Ana sobre ella la asfixiaba. Pataleaba en la cama atrapada entre las frías sábanas.

No era la primera vez que le sucedía. Los especialistas consultados, denominaban parasomnia a su trastorno del sueño. La tía Catalina, la hermana de su abuelo materno, por el contrario, aseguraba que era un don y no una enfermedad.

Los médicos le habían dicho cómo tenía que actuar cuando padeciera ese tipo de alucinaciones, pero la joven muerta, Ana García, había escuchado decir a la policía que se llamaba, se resistía a abandonarla.